

Patria

1 Tacones sobre el parqué

Ahí va la pobre, a romperse en él. Lo mismo que se rompe una ola en las rocas. Un poco de espuma y adiós. ¿No ve que ni siquiera se toma la molestia de abrirle la puerta? Sometida, más que sometida.

Y esos zapatos de tacón y esos labios rojos a sus cuarenta y cinco años, ¿para qué? Con tu categoría, hija, con tu posición y tus estudios, ¿qué te lleva a comportarte como una adolescente? Si el *aita* levantara la cabeza...

En el momento de subir al coche, Nerea dirigió la vista hacia la ventana tras cuyo visillo supuso que su madre, como de costumbre, estaría observándola. Y sí, aunque ella no pudiese verla desde la calle, Bittori la estaba mirando con pena y con el entrecejo arrugado, y hablaba a solas y susurró diciendo ahí va la pobre, de adorno de ese vanidoso a quien nunca se le ha pasado por la cabeza hacer feliz a nadie. ¿No se da cuenta de que una mujer ha de estar muy desesperada para tratar de seducir a su marido después de doce años de matrimonio? En el fondo es mejor que no hayan tenido descendencia.

Nerea agitó brevemente la mano en señal de despedida antes de meterse dentro del taxi. Su madre, en el tercer piso, oculta tras el visillo, desvió la mirada. Se veía una amplia franja de mar por encima de los tejados, el faro de la isla de Santa Clara, nubes tenues a lo lejos. La mujer del tiempo había anunciado sol. Y ella, ay, qué vieja me estoy haciendo, volvió a mirar la calle y el taxi ya se había perdido de vista.

Buscó a continuación, más allá de los tejados, más allá de

la isla y de la línea azul del horizonte, y más allá de las nubes remotas y aún más allá, en el pasado perdido para siempre, escenas de la boda de su hija. Y la vio de nuevo en la catedral del Buen Pastor, vestida de blanco, con su ramo de flores y su excesiva felicidad, y así mirándola a la salida, tan esbelta, tan sonriente, tan guapa, le vino un mal presentimiento. De noche, cuando volvió sola a su casa, estuvo a dos dedos de sentarse ante la foto del Txato y confesarle sus temores; pero le dolía la cabeza y además el Txato, en cuestiones familiares, aún más tratándose de su hija, tenía la costumbre de ponerse sentimental. Era de lágrima fácil aquel hombre, y aunque las fotos no lloran, yo ya me entiendo.

Los tacones eran para despertarle el apetito a Quique, no precisamente el que se sacia comiendo. Toc, toc, toc, los había oído un rato antes puntear sobre el parqué. A ver si va a llenármelo de agujeros. Por la paz de casa, no se lo reprochó. Sólo iban a estar un rato. Habían venido a despedirse. Y a él, a las nueve de la mañana, ya le olía la boca a whisky o a una bebida de esas con las que comercia.

—*Ama*, ¿seguro que te las arreglarás sola?

—¿Por qué no vais en autobús al aeropuerto? El taxi de aquí a Bilbao os va a costar un dineral.

Él:

—No te preocupes por eso.

Las maletas, la incomodidad, la lentitud, alegó.

—Sí, pero vais con tiempo, ¿no?

—*Ama*, no insistas. Está decidido que iremos en taxi. Es lo más cómodo.

Quique empezaba a impacientarse.

—Es lo único cómodo.

Añadió que se iba a fumar un cigarrillo a la calle mientras habláis. Olía fuerte a perfume ese hombre. Pero la boca le huele a bebida y no son más que las nueve de la mañana. Se despidió mirándose la cara en el espejo del recibidor. Presumido. Y después, ¿autoritario, cordial pero seco?, a Nerea:

—No tardes.

Cinco minutos, le prometió. Luego resultaron quince. A solas, a su madre: que aquel viaje a Londres significaba mucho para ella.

—Me cuesta imaginar que pintes algo en las conversaciones de tu marido con los clientes. ¿O es que sin decirme nada te has puesto a trabajar en su empresa?

—En Londres voy a hacer un serio intento por salvar nuestro matrimonio.

—¿Otro intento?

—El último.

—Y esta vez, ¿cuál será la táctica? ¿Te quedarás a su lado para que no te la pegue con la primera que le salga al paso?

—*Ama*, por favor. No me lo pongas más difícil.

—Estás muy guapa. ¿Has cambiado de peluquería?

—Sigo yendo a la misma.

Nerea bajó de pronto el tono de voz. A los primeros bisbiseos su madre se volvió a mirar hacia la puerta de la vivienda, como si temiera que algún extraño las estuviese espionando. No, nada, que habían desechado la idea de adoptar un bebé. Tanto que decían. Que si un chino, un ruso, un morenito. Que si chica o chico. Nerea no había perdido la ilusión, pero Quique se había echado atrás. Él quiere un hijo propio, carne de su carne. Bittori:

—¿Le da ahora por hablar como en la Biblia?

—Se cree moderno, pero es más tradicional que el arroz con leche.

Nerea se había informado por su cuenta de los trámites para solicitar la adopción y, sí, cumplían todos los requisitos. El dinero no suponía impedimento. Estaba dispuesta a viajar hasta la otra punta del mundo y a ser por fin madre aunque no hubiese dado a luz a la criatura. Pero Quique había zanjado la conversación con brusquedad. Que no y que no.

—Un poco insensible el muchacho, ¿no crees?

—Desea un varoncito suyo, que se le parezca, que juegue algún día en la Real. Está obsesionado, *ama*. Y lo va a tener. ¡Uf, cuando se empeña en algo! No sé con quién. Con alguna

que se preste. No me lo preguntes. No tengo ni idea. Alquilaré un vientre pagando lo que haya que pagar. Lo que es por mí, le ayudaría a encontrar una mujer sana que le cumpla el antojo.

—Estás chalada.

—Aún no se lo he contado. Supongo que estos días, en Londres, habrá ocasión. Lo he pensado bien. No tengo ningún derecho a exigirle que sea infeliz.

Rozaron mejillas junto a la puerta de la vivienda. Bittori: que sí, que se arreglaría sola, que buen viaje. Nerea, desde el rellano, mientras esperaba la llegada del ascensor, dijo algo sobre la mala suerte, pero que no debemos renunciar a la alegría. Después sugirió a su madre que cambiara de felpudo.

2 Octubre benigno

Antes de lo del Txato creía, pero ahora no cree. Con lo devota que fue de joven. Si hasta estuvo en un tris de profesar. Ella y aquella amiga del pueblo de la que más vale no acordarse. Las dos se apearon del propósito a última hora, con un pie en el noviciado. Ahora todo eso de la resurrección de los muertos y la vida eterna y el Creador y el Espíritu Santo le parecen patrañas.

La irritaron mucho unas palabras del obispo haciendo como que. No se atrevió a negarle la mano a un señor tan importante. La sintió como una viscosidad. En cambio, sí lo miró a la cara para expresarle en silencio, con la luz de sus ojos, que ya no era creyente. Nada más ver al Txato en el ataúd, su fe en Dios reventó como una burbuja. Incluso lo notó físicamente.

Y, sin embargo, de vez en cuando va a misa, impulsada quizá por la fuerza de la costumbre. Se sienta en un banco de la parte posterior de la iglesia, mira las espaldas y cogotes de los asistentes, habla consigo misma. Es que en casa hay mucha soledad. Ella no es de meterse en bares ni cafeterías. ¿Compras? Las justas. Se le esfumó la coquetería, ¿otra burbuja?, que tuvo antes de lo del Txato. Y porque Nerea insiste, que, si no, llevaría las mismas prendas de vestir día tras día.

En vez de entrar en las tiendas, prefiere sentarse en la iglesia y practicar su ateísmo silencioso. Se tiene prohibidos la blasfemia y el desprecio a los feligreses allí reunidos. Mira las imágenes y dice/piensa: no. A veces lo dice/piensa meneando un poco la cabeza en señal de rechazo.

Si se celebra una misa, se queda más tiempo. Entonces se dedica a negar entre sí cuanto afirma el sacerdote. Oremos. No. Este es el cuerpo de Cristo. No. Y en ese plan todo el rato. En ocasiones, vencida por el cansancio, echa con la debida discreción una cabezada.

Salió de la iglesia de los jesuitas, en la calle Andía, con el cielo ya oscuro. Era jueves. Hacía una temperatura agradable. A media tarde había visto que el letrero luminoso de una farmacia señalaba veinte grados. Tráfico, transeúntes, palomas. Distinguió una cara conocida. Sin dudar, cambió de acera. El cambio brusco de dirección la obligó a adentrarse en la plaza de Guipúzcoa. La atravesó por el camino que bordea el estanque. Se entretuvo mirando los patos. Hacía tanto tiempo que no pasaba por allí. Si mal no recordaba, desde que Nerea era niña. Recordó cisnes negros que ahora no se ven. Din don din. El carillón de la Diputación la sacó de sus pensamientos.

Las ocho. Hora templada, octubre benigno. Le vinieron de pronto a la memoria las palabras que había dicho Nerea por la mañana. ¿Que cambiara el felpudo? No, que no hay que renunciar a la alegría. Bah, una chorrada que se les dice a los mayores para subirles el ánimo. No le costaba a Bittori aceptar que hacía una tarde estupenda. Para dar saltos de júbilo, ella habría necesitado otra clase de estímulo. ¿Por ejemplo? Ay, yo qué sé. Que inventaran una máquina de resucitar a los muertos y me devolvieran a mi marido. Se preguntó si después de tantos años no debería ir pensando en olvidar. ¿Olvidar? ¿Qué es eso?

Flotaba en el aire un olor como de algas y humedad marina. No hacía ni pizca de frío, no soplaban el viento y el cielo estaba despejado. Razones suficientes, se dijo, para ir a casa andando y ahorrarse el autobús. En la calle Urbietta oyó su nombre. Lo oyó claramente, pero no quiso volver la mirada. Incluso aceleró la marcha, pero de nada le sirvió. La alcanzaron por detrás unos pasos presurosos.

—Bittori, Bittori.

Aquella voz sonaba demasiado cerca como para seguir fingiendo que no la oía.

—¿Te has enterado? Dicen que lo dejan, que ya no van a atender más.

Bittori no pudo menos de acordarse de los días en que esta misma vecina evitaba encontrarse con ella en la escalera o esperaba en la esquina de la calle, mojándose bajo la lluvia, con la bolsa de la compra entre los pies, para no coincidir las dos en el portal.

Mintió:

—Sí, me lo han dicho hace un rato.

—Qué buena noticia, ¿eh? Por fin vamos a tener paz. Ya era hora.

—Pues a ver, a ver.

—Me alegro sobre todo por los que lo habéis pasado tan mal. Que pare todo esto de una vez y os dejen tranquilos.

—¿Que pare qué?

—Que dejen de hacer sufrir a la gente y defiendan lo suyo sin matar.

Y dado que Bittori, callada, no mostraba intención de continuar el diálogo, la vecina se despidió como acuciada por una prisa repentina.

—Me voy, que le he prometido a mi hijo salmonetes para cenar. Le gustan tanto. Si vas para casa, te acompaño.

—No, que me esperan aquí cerca.

Total, que por perder de vista a la vecina cruzó a la otra acera y se pasó un buen rato andando sin rumbo por los alrededores. Porque, claro, la sinsorga, mientras limpia los salmonetes para su hijo, que siempre me ha parecido bobo, además de cretino, si me oye llegar a casa poco después que ella, pensará: tate, no quería estar conmigo. Bittori. ¿Qué? Estás cayendo en el rencor y ya te he dicho muchas veces que. Vale, déjame en paz.

Más tarde, por el trayecto a su casa, posó una mano en el tronco áspero de un árbol y dijo para sí: gracias por tu humanidad. La posó después en la pared de un edificio y repitió la frase. Y lo mismo hizo, sin detenerse, con una papelería, un banco público, el poste de un semáforo y con otros objetos del mobiliario urbano que fue encontrando por el camino.

El portal, a oscuras. Estuvo tentada de usar el ascensor. Cuidado. El ruido podría delatarme. Decidió subir descalza los tres pisos. Aún tuvo tiempo de susurrar un último agradecimiento, pasamanos, por tu humanidad. Introdujo la llave en la cerradura con el mayor sigilo posible. ¿Qué le ve de malo Nerea a este felpudo? Yo es que no entiendo a esta criatura y creo que no la he entendido jamás.

De ahí a poco, sonó el teléfono. *Ikatza* dormitaba sobre el sofá, hecha una bola de pelo negro. Sin cambiar de postura, con los ojos entreabiertos, miró los pasos de su dueña en dirección al aparato. Bittori dejó que se extinguiera el sonido, reconoció el número en la pantalla y lo marcó.

Xabier, excitado. *Ama, ama*. Que encendiese el televisor.

—Ya me lo han dicho. ¿Quién? La de arriba.

—Ah, pensaba que no te habrías enterado.

Y le mandó un beso y ella se lo correspondió y no hablaron más y se despidieron. Se dijo: yo no pongo la tele. Pero al poco rato pudo más su curiosidad. Vio en la pantalla a los tres encapuchados con boina, sentados a una mesa, estética de Ku Klux Klan, mantel blanco, telas patrióticas, un micrófono, y pensó: la madre del que habla ¿reconocerá su voz? Sentía viva repugnancia por aquellas imágenes que además le estaban removiendo las tripas. Incapaz de soportarlas, apagó el televisor.

Para ella había terminado el día. ¿Qué hora era? Iban a dar las diez. Cambió el agua a la gata y se acostó antes de lo acostumbrado, sin cenar, sin abrir la revista que estaba sobre la mesilla. Puesto el camisón, se detuvo delante de la foto del Txato, en la pared del dormitorio, para decirle que:

—Mañana subiré a contártelo. No creo que te alegres; pero, en fin, es la noticia del día y tienes derecho a conocerla.

Intentó, con la luz apagada, forzar a sus ojos a verter una lágrima. Nada. Secos. Y Nerea sin llamar. Ni siquiera se había tomado la molestia de comunicarle si habían llegado a Londres. Claro, estará muy ocupada tratando de salvar su matrimonio.

3 Con el Txato en Polloe

Va para unos cuantos años que no sube a pie hasta Polloe. Por poder, podría, pero se cansa. Y no es que le importe cansarse, pero para qué, a ver, para qué. Le dan además, según los días, unos como pinchazos en el vientre. Entonces lo que Bittori hace es coger el 9, que la deja a pocos pasos de la entrada del cementerio, y al término de la visita bajar andando a la ciudad. Es que bajar ya es otra cosa.

Se apeó detrás de una señora, ellas dos las únicas pasajeras. Viernes, tranquilidad, buen tiempo. Y leyó en el arco de la entrada: PRONTO SE DIRÁ DE VOSOTROS, LO QUE SUELE AHORA DECIRSE DE NOSOTROS: ¡¡MURIERON!! Con frasecitas fúnebres a mí no me impresionan. Polvo sideral (lo había escuchado en la tele), eso somos, lo mismo si uno respira que si cría malvas. Y aunque detestaba la antipática inscripción, era incapaz de entrar en el cementerio sin pararse a leerla.

Chica, el abrigo lo podías haber dejado en casa. Le sobraba. Se lo había puesto nada más que por vestir de negro. Llevó luto durante el primer año; luego, sus hijos insistieron en que hiciese vida normal. ¿Vida normal? No tienen ni idea de lo que hablan esos dos ingenuos. Deseosa de que la dejaran tranquila, siguió el consejo. Eso no quita para que le parezca una falta de respeto caminar entre los muertos vestida de colores. Conque nada, abrió el ropero a primera hora de la mañana, buscó una prenda negra que le tapase las otras de distintos tonos azules, vio el abrigo y se lo puso, aun sabiendo que iba a pasar calor.

El Txato comparte tumba con sus abuelos maternos y una

tía. La tumba, al costado de un camino en suave pendiente, forma hilera con otras similares. En la lápida figuran el nombre y los apellidos del difunto, la fecha de su nacimiento y la del día en que lo mataron. El mote, no.

En los días previos al entierro, unos familiares de Azpeitia aconsejaron a Bittori que se abstuviera de poner en la lápida alusiones, emblemas o señales que identificasen al Txato como víctima de ETA. Así evitaría problemas.

Ella protestó:

—Oye, ya lo han matado una vez. No creo que lo vuelvan a matar.

Y no es que a Bittori se le hubiera pasado por el pensamiento hacer grabar en la lápida una explicación sobre el fallecimiento de su marido; pero basta que la quieran disuadir de una cosa para que se empeñe en ponerla en práctica.

Xabier les dio la razón a los parientes. Y sólo fueron grabados en la lápida el nombre y las fechas. Nerea, por teléfono desde Zaragoza, tuvo la osadía de proponer que falsearan la segunda. Asombro: ¿cómo?

—Se me ha ocurrido que en la tumba esté la fecha anterior o la posterior a la del atentado.

Xabier se encogió de hombros. Bittori dijo que ni hablar.

Pasados unos años, cuando le pintarrajearon la lápida a Gregorio Ordóñez, que yace a unos cien metros de la tumba del Txato, Nerea, qué inoportuna, trajo a colación aquel viejo asunto que en realidad ya tenían todos olvidado. Con la foto del periódico a la vista, a su madre:

—¿Ves como era mejor tener al *aita* un poco protegido? Mira de lo que nos hemos librado.

Entonces Bittori depositó con fuerza el tenedor encima de la mesa y dijo que se iba.

—¿Adónde vas?

—He perdido de repente el apetito.

Salió del piso de su hija, fruncida de ceño, colérica de pisadas, y Quique, al tiempo que encendía un cigarrillo, puso los ojos en blanco.

La hilera de tumbas se alarga en batería al costado del camino. Lo bueno para Bittori es que, como el borde sobresale dos palmos del suelo, ella se puede sentar sin dificultad sobre la losa. Claro, si llueve, no. Y en todo caso, como la piedra suele estar fría (y con liquen y con la mugre inevitable de los años), ella lleva siempre en el bolso un cuadrado de plástico recortado de una bolsa del supermercado y un pañuelo de cuello para usarlos de cojín. Se sienta encima y le cuenta al Txato lo que le tenga que contar. Si hay gente cerca, le habla en pensamiento; si no hay nadie, que es lo habitual, en el tono de quien conversa.

—La hija ya está en Londres. Lo supongo, vamos, porque no ha tenido el detalle de llamarme por teléfono. ¿A ti te ha llamado? A mí, no. Como en la tele no han dicho nada de un accidente de avión, doy por hecho que los dos habrán llegado a Londres y estarán dale que te pego a ver si salvan el matrimonio.

El primer año, Bittori colocó cuatro macetas sobre la losa. Las cuidaba regularmente. Hacían bonito. Luego estuvo un tiempo sin subir al cementerio. Se le secaron las plantas. Las siguientes le duraron hasta la primera escarcha. Compró un tiesto de grandes dimensiones. Xabier cargó con él en una carretilla. Entre los dos plantaron dentro un arbolillo de boj. Una mañana apareció volcado, el tiesto roto, parte de la tierra derramada sobre la losa. Desde entonces no hay adornos sobre la tumba del Txato.

—Hablo como me apetece y nadie me lo va a impedir, tú el que menos. ¿Que si bromeo? Ya no soy como cuando vivías. Me he vuelto mala. Bueno, mala no. Fría, distante. Si resucitas, no me reconoces. Y no creas, tu hija del alma, tu preferida, tiene mucho que ver con este cambio mío. Me pone de los nervios. Igual que de niña. Con tu bendición, claro. Porque siempre la defendiste. Así me dejabas sin autoridad y nunca aprendió a respetarme.

Había un espacio de arena tres o cuatro tumbas más arriba, junto al camino asfaltado. Y Bittori se quedó mirando a una

pareja de gorriones que acababa de posarse en aquel sitio. Con las alas abiertas, los pajarillos se daban un baño de arena.

—Lo otro que quería decirte es que la banda ha decidido dejar de matar. Aún no se sabe si el anuncio va en serio o se trata de un truco para ganar tiempo y rearmarse. Maten o no, a ti de poco te va a servir. Y a mí no creas que de mucho más. Tengo una gran necesidad de saber. La he tenido siempre. Y no me van a parar. Nadie me va a parar. Los hijos tampoco. Si es que se enteran. Porque yo no les voy a decir nada. Eres el único que lo sabe. No me interrumpas. El único que sabe que voy a volver. No, a la cárcel no puedo ir. Ni siquiera sé en cuál está el malvado. Pero ellos seguro que siguen en el pueblo. Y además me pica mucho la curiosidad por ver en qué estado se encuentra nuestra casa. Tú, tranquilo, Txato, Txatito, porque Nerea está en el extranjero y Xabier, como siempre, vive para su trabajo. No se van a enterar.

Habían desaparecido los gorriones.

—Te juro que no exagero. Es una necesidad muy grande de estar por fin a buenas conmigo, de poder sentarme y decir: bien, se acabó. ¿Qué se acabó? Pues, mira, Txato, también necesito descubrir eso. Y la respuesta, si la hay, sólo puede estar en el pueblo y por eso voy a ir allí, hoy mismo por la tarde.

Se puso de pie. Plegó con cuidado el pañuelo y el cuadrado de plástico, y los guardó.

—En fin, ya te he informado. Aquí te quedas.